

III.

SOBRE ÉTICA Y ECONOMÍA

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.

VALORES DE LA VIDA FRENTE A VALORES ECONÓMICOS

Ya suman varios millones los textos que se han escrito sobre las causas y efectos de la crisis financiera que invade el mundo. Sin embargo, en esta reflexión debo hacer una interpretación más que me parece necesaria para los fines de este comentario.

Pienso que el más grave pecado del hombre contemporáneo, en especial de los habitantes del llamado primer mundo, es preferir el dinero a las personas y usar a las personas como medios y mercancías de producción de dinero.

Este es el *Homo oeconomicus* que tiene entrañas de metal, que se mueve por el interés de poseer más y más cosas, y por el deseo insaciable del dinero: intercambia petróleo por vidas humanas, explota y mata a los trabajadores para tener más ganancias y aprecia a la gente cuando representa negocios potenciales. El *Homo oeconomicus* contemporáneo, obeso y obsceno, es producto de la corriente frenética que se inició en el Renacimiento que exalta al cuerpo como reacción al desprecio por lo corporal de los diez siglos de la Edad Media.

Otra prueba en contra de la afirmación de que el valor económico ha sido predominante siempre es la evidencia que aporta un gran experto en la historia de la técnica: Lewis Mumford. Cuando se dio el tránsito de la Eotecnica a la Paleotecnica (1750-1760), “los valores de la vida fueron sustituidos por los valores económicos”.

En la Revolución Industrial (Paleotecnica) se fortaleció el crecimiento del hombre renacentista que exige abundancia de cosas, de placeres,

lujos y satisfacciones materiales. A partir de entonces se aceleraron las exigencias del mercado. El símbolo del progreso era el ferrocarril, las empresas familiares sucumbían si no adoptaban las imposiciones de los bancos *d'affaires*, créditos inmobiliarios y bolsas de valores. Se perdió la relación entre personas conocidas, estimadas y avanzaron las políticas del imperialismo internacional del dinero.

Otra causa de ese afán desmedido de tener más y más cosas, dinero y placeres (Murdoch llamó a la causa de la presente crisis: “atracción de Occidente” y el presidente Obama “avaricia desmedida”) es el resultado de la Segunda Guerra Mundial.

El gran historiador Erick Hobsbawn dice, y creo que tiene mucha razón, que esa guerra cambió la historia: causó una inmensa desilusión. ¿Cómo fue posible que seres humanos hayan realizado tantos y tan terribles crímenes, destrozos y barbaries?

Con esta increíble y sangrienta realidad se clausuró la esperanza del futuro. Solo existe el presente, el aquí y el ahora (*hic et nunc*); por eso hay que explotar el instante (*carpe diem*), porque tal vez no haya otro.

Esto explica el desenfreno de los placeres más intensos, irracionales, eróticos y exóticos, la decisión de no procrear (¿para qué traer hijos a este mundo miserable?), el creciente rechazo al compromiso del matrimonio, el amor libre... y como suma total: un intenso individualismo hedonista.

Todas estas expresiones manifiestan que sigue fortaleciéndose el hombre que se alimenta del placer y del dinero.

La crisis actual seguramente será asimilada por el capitalismo, como las anteriores. Marx ya había previsto estas crisis periódicas del sistema de mercado. Aumentará el número de desempleados, de marginados, de muertos por la miseria del hambre. Continuará seguramente por muchos años este sistema despiadado, intrínsecamente perverso, que pone el dinero por encima de las personas y que usa a las personas para producir dinero. Pero es muy importante que quede bien claro que la única verdadera solución no radica en los ajustes técnicos a la economía de libre mercado, ni en las precisiones al neoliberalismo ni en el fortalecimiento de las finanzas públicas y privadas.

La única verdadera solución radica en la recuperación de los valores de la vida, en el fortalecimiento del *Homo sapiens* (el hombre humano) en apreciar infinitamente más a las personas que al dinero.

“Cuando llegue la hora de mi partida sentiré que no he vivido en vano —decía Bertrand Russell—, habré contemplado sublimes atardeceres, habré gozado la compañía de los amigos buenos, habré disfrutado del amor de mi familia, habré acompañado al paralítico de la esquina a llegar a su casa, habré escuchado romper las olas en los acantilados de Cornualles...”

¡Qué diferentes los placeres de los bienes de la vida frente a los placeres del hombre obeso y obscuro, enredado, atrapado por las cuentas bancarias, por los cálculos de acciones bursátiles, por la astucia para aumentar las ganancias disminuyendo céntimos a los salarios ya miserables!

Es necesario ascender a la *terra incognita*, como dice Bergson, y auscultar con la intuición bienes insospechados que, por su grandeza y belleza, nos hagan abandonar los atractivos y placeres que se compran con dinero y sus bajezas.

Ese cuerpo, dice el mismo autor, agigantado por la exaltación renacentista, alimentado con vanidades, lujos y comodidades sensibles y materiales; ese cuerpo que ha crecido monstruosamente con ayuda de la técnica, “necesita un suplemento de alma”.

Sé que en este mundo construido para insaciables, en este mundo en el que se crean “necesidades” para generar insatisfechos, en este mundo convertido en el gran mercado de productores y consumidores que hacen inclinaciones profundas al becerro de oro, esta solución suena a utopía inalcanzable; pero es muy bueno pensar que esa estrella hacia la que ascendemos es la estrella guía y, aunque no la alcancemos, nos ayuda a caminar.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.